

# EN TORNO A LOS PRIMITIVOS TESTIMONIOS ROMANCES EN DOCUMENTOS MEDIEVALES Y SU INTERPRETACIÓN

Juan Pedro SANCHEZ MENDEZ  
Université de Neuchâtel

**Resumen:** Tradicionalmente, se ha utilizado la aparición de elementos romances en textos primitivos medievales en latín para datar el nacimiento de los romances o extraer otras conclusiones. Como se verá, esto es una manera de interpretar los datos que da lugar a conclusiones erróneas, como la datación o nacimiento de un romance, su delimitación frente a otros o su caracterización. Generalmente se interpretan los datos mezclando oralidad y escritura y obviando el doble *continuum* espacial y temporal románico medieval hispánico de los romances orales y el *continuum* cultural del proceso que lleva a la escritura.

**Palabras clave:** Emergencia escritura, primitivos romances, datación de los romances, primitivos documentos medievales

**Abstract:** Traditionally, the rise of early romance elements in medieval romances Latin texts has been used to date the birth of romances or to obtain other conclusions. As it shall be seen, this is a way to interpret the data that results in erroneous conclusions, such as the birth of a dating or romance, establish its boundary in front of others or its linguistic characterization. Generally oral and writing data are mixed in interpretation and avoiding the double medieval spatial and temporal *continuum* of iberoromances and the cultural *continuum* of the process leading to the writing.

**Key words:** Emergency writing, early romances, dating romance, primitive medieval documents

## 1. INTRODUCCIÓN

En la historia lingüística de los romances, cuando se mencionan los textos medievales primitivos se hace para hablar normalmente de las manifestaciones de la oralidad románica en la escritura latina (cfr. González Ollé, 2008: 37). La emergencia de la escritura en romance y sus primeros testimonios en el ámbito hispánico ha constituido tradicionalmente una parcela central en importancia y ello por varias razones. Por un lado, la aparición de los primeros testimonios orales en textos latinos aporta los elementos materiales que permiten la más temprana constatación de un determinado romance, con la carga simbólica que este hecho supone. Por el otro, y de alguna manera consecuencia de lo anterior, ha servido para establecer periodizaciones y cronologías y ha permitido

establecer una primera caracterización lingüística del romance en cuestión en su supuesta fase primitiva.

Aunque se trata de un tema que no es algo reciente, pues constituye una parcela bien conocida de la lingüística histórica y de la historia de los romances (cfr., para el ámbito hispánico, Sánchez Méndez, 2012), está conociendo en la actualidad una renovada expansión. Dado que la mayor parte de la Edad Media no contamos más que con testimonios en latín hasta por lo menos finales del siglo X se comprende que el origen medieval de los romances se haya vinculado tradicionalmente a su aparición progresiva en los documentos: a partir de los más tempranos testimonios, que delatan una realidad oral no latina<sup>1</sup>, se van acumulando los documentos en los que se observa el progresivo afianzamiento de la escritura en romance, que concluye con la constitución final de las diferentes *scriptae* y su consolidación (o truncamiento).

Ahora bien, a la hora de interpretar los datos que estos documentos ofrecen, suele ocurrir, a veces, que el contexto medieval en el que se deberían entender y analizar los textos primitivos se vea con frecuencia sustituido por uno moderno, donde estos datos asumen unas características y/o una trascendencia que jamás tuvieron o pretendieron tener. A la hora de comprender adecuadamente los primeros testimonios de los romances hay que tener en cuenta una serie de características y hechos que condicionaron su producción y que, especialmente en el caso de la Península ibérica, no deberían soslayarse.

## 2.- EL DOBLE *CONTINUUM* EN EL QUE SE INSERTA LA EMERGENCIA ESCRITA DEL ROMANCE

Sabemos muy poco de lo que sucedió en el latín entre la desaparición del Imperio Romano de Occidente en el siglo V y los primeros y escasos testimonios del romance en textos de finales del siglo IX. Tampoco existen documentos en los que podamos seguir este proceso. Tan sólo podemos deducir y reconstruir indirectamente la realidad lingüística de estos siglos oscuros. Menéndez Pidal (1986) denominó a este periodo “orígenes remotos”, y los distingue de unos “orígenes próximos”, cuando comienzan a aparecer los primeros testimonios romances en los textos.

---

<sup>1</sup> Por ejemplo, la aparición de léxico patrimonial, en textos escritos aparentemente en latín, mediante la onomástica o la inclusión de voces vulgares para explicar términos latinos. Como señala Bustos Tovar (2004: 264), "se trata, en estos casos, de la primera huella del romance en época muy primitiva".

La aparición de la escritura es en buena medida el resultado de una progresiva conciencia de los romances, variada, difusa y multiforme, por parte de sus hablantes, si bien no se dio en todos los casos ni a la vez, y, cuando lo hizo, se realizó generalmente como una empresa colectiva con sus propias características en el seno de una actividad cultural y lingüística nacida en la Baja Edad Media. Como resume Monteagudo (2009: 86), supone un movimiento evolutivo a su vez de conciencia sociolingüística: primero vertical o de autonomía pautada y progresiva del romance frente al latín, y luego, horizontal o de autonomía del romance frente a otros romances, sobre todo los que le son contiguos o le han servido de modelo para la elaboración de su propia *scripta* (cfr. también Sánchez Méndez, 2012).

La aparición de las lenguas románicas y su emergencia en la escritura son dos fenómenos que, aunque graduales y en algunos aspectos concomitantes, presentan una naturaleza distinta y no deberían confundirse o entremezclarse. Si algo tienen en común ambos, es que los dos se dan a lo largo del tiempo dentro de un *continuum* complejo en el que es arbitrario y artificial establecer cualquier límite: por un lado tenemos el surgimiento paulatino de los romances como realidad oral derivada directamente del respectivo latín vulgar regional en un *continuum* temporal y espacial, por el otro, la escritura se inserta en otro *continuum* cultural que atraviesa perpendicularmente el primero. Además, aquel es la consecuencia, aunque no necesaria, del otro, pero no es el otro. Veamos esto con algo más de detalle.

## 2.1. LA EMERGENCIA ESCRITA EN EL *CONTINUUM* ESPACIAL Y TEMPORAL (IBERO)ROMÁNICO

### 2.1.1. *El continuum espacial románico*

Cuando se dice que un determinado texto primitivo híbrido latino-romance presenta características que se atribuyen a un determinado romance, por ejemplo, gallego, castellano, aragonés o catalán, se da por supuesto que existen unos límites precisos, que los testimonios son homogéneos y se abstrae de las características peculiares del *continuum* espacial en que aparecieron los romances y que hacen difícil la atribución de determinados rasgos de un documento a un romance en particular. Es más, como los estudiosos saben muy bien, cuando se estudian los textos de una determinada variedad románica se ha de hacer necesariamente referencia al resto. La influencia recíproca entre las distintas modalidades románicas, fueran o no contiguas, fue un hecho constante que las entrelaza desde sus orígenes. Esa es la razón por la que es a veces difícil adscribir

determinado texto medieval a una variedad románica precisa (cfr. Moreno Fernández, 2005: 89).

El hecho es que el *continuum* lingüístico espacial era mucho más evidente en los siglos medievales que hoy en día, de manera que lo que tenemos distribuido en el espacio no son romances *stricto sensu*, sino determinadas isoglosas, no siempre coincidentes, que recorren un determinado espacio, con separaciones que se dan de manera gradual o de transición y que no tienen por qué coincidir con una determinada entidad política (independientemente de que posteriormente dé nombre a su romance).

Así pues, se emplea el término *romance* sin tener en cuenta que es un nombre que ha cambiado con el tiempo (cfr. Cano Aguilar, 2013) y en él se aglutinan o se asumen generalizaciones y suposiciones de difícil fundamento que pueden inducir a error. Por ello, y para no ofrecer una visión distorsionada de la realidad por anacrónica, tal vez convendría previamente definir qué se quiere decir con *romance* en un contexto altomedieval hispánico (o incluso en el conjunto de la Romania de la Alta Edad Media). La principal característica que complica la noción medieval de romance a la hora de particularizarlo, tanto frente al latín como frente a otros, radica en que cada lengua románica es en su origen un “complejo dialectal”, como fue definido por García de Diego (1950), quien, para el caso concreto del castellano, pone de manifiesto con gran acopio de datos la diversidad interna que presenta en su territorio de origen. Ningún romance ha tenido límites precisos con respecto a otros romances en su área primitiva de formación, aunque, producto de la Reconquista, éstos sean muy marcados fuera de ella en las llamadas áreas de expansión.

En su origen lo que hoy llamamos un romance fue en la Alta Edad Media muchas hablas, docenas de ellas. Cada unidad geográfica, por pequeña que fuese, mostraba sus particularidades (cfr. Badia, 2000: 8) y ello debido a la fragmentación extrema de sus comunidades rurales aisladas unas de otras. Así pues, en los primeros tiempos medievales, un romance sería un conjunto de hablas constitutivas más o menos heterogéneas agrupadas por razones de afinidad política y sometimiento en torno a un centro de poder o prestigio, que les daría cierta entidad o con las que se vinculaban al compartir, o aceptar, sus rasgos lingüísticos, hasta cristalizar (o no) con el tiempo en los romances medievales que conocemos.

Como muy bien saben los dialectólogos, no son los romances los que tienen límites espaciales, sino las isoglosas, esto es, los rasgos lingüísticos con que se caracterizan. Y

lo que nos ofrecen los primeros documentos medievales son precisamente los testimonios de esas isoglosas, pero todavía no determinados romances bien definidos y delimitados.

En el momento en que comienza a aparecer la escritura, la noción de romance alcanza una nueva dimensión. Porque es la aparición de la escritura la que nos permitirá luego posteriormente delimitar (o hablar de) romances; pero hay que tener en cuenta que muy difícilmente un hombre medieval vería al principio en esta escritura la justificación de un romance en particular, sino más bien una cuestión de estilo o registro respecto del latín.

Por lo tanto, desde el punto de vista de la emergencia escrita de los romances, y muy especialmente en los siglos de orígenes, no se puede hablar de romances definidos, sino de centros que aglutinan sus rasgos lingüísticos en torno a ellos y los difunden y que podemos percibir gracias a su presencia, directa o indirecta, en determinados textos producidos en su seno. Tampoco se puede olvidar que cuando por fin se impone la práctica de escritura romance sólo se van a reflejar determinadas isoglosas de un romance (pero no todas las posibles, por cuanto supone una selección previa de las isoglosas existentes), adscritas a estos centros, no necesariamente coincidente con el del lugar en el que se escribe ni con la variedad que habla quien escribe. Como señaló Morala (1998: 185), la lengua escrita es solo una reelaboración de la lengua oral. Los escribas medievales no eran fonetistas, únicamente manejaban una variedad de lengua escrita, constituida como modelo gráfico, que no tenía por qué coincidir con la variedad oral y sí con la de un centro de prestigio independientemente de donde estuviera. Por ello, como señala este investigador, para poder estudiar la lengua medieval, hay que distinguir cuidadosamente entre lengua hablada y norma escrita. La lengua hablada y la escrita van íntimamente unidas, pero la segunda es un intento incompleto de representar la primera y constituye también una reelaboración mediante reducción y selección de variedades.

### *2.1.2. El continuum temporal*

Si, como vemos, es difícil y arbitrario señalar límites geográficos entre variedades limítrofes, es totalmente imposible e inútil señalar límites temporales. Sin embargo, es frecuente (y comprensible) que en numerosos estudios se utilice tradicionalmente la escritura como instrumento material para datar lo que no tiene ni puede tener datación. Dado el valor simbólico e identitario que otorgamos hoy día a la escritura y a las lenguas, entre los no especialistas, e incluso a veces en la misma investigación, es fácil que los fenómenos de surgimiento de un romance y su aparición en la escritura se presenten tan imbricados que se suele tomar la escritura para datar el “nacimiento” de un determinado romance y así se llega a formulaciones difícilmente justificables.

Efectivamente, la vinculación (cuando no confusión) tan estrecha, y querida para la filología y la lingüística, que ha existido siempre entre lengua y texto ha motivado de manera exagerada que se considere la aparición de un primer texto en una variedad románica determinada como su acta de nacimiento, y, a partir de aquí, surge el resto de distorsiones más o menos graves en la correcta interpretación de los datos. Por ejemplo, para el ámbito del castellano, a finales de los años setenta del pasado siglo se celebraba en San Millán de la Cogolla, el “milenario de la lengua castellana”, patrocinado por el Ministerio de Educación y Ciencia, para conmemorar las *Glosas Emilianenses*, concretamente la famosa glosa 89 del código 60, datada a principios del siglo XI. Esta glosa de cierta extensión fue considerada como “las primeras palabras del castellano”, y, puesto que había aparecido en un manuscrito producido y custodiado en el San Millán, este monasterio se convirtió en la “cuna del castellano”. Dejando de lado el hecho de que las glosas muestran un romance que presentaría más bien rasgos riojanos y navarros que castellanos propiamente, decir que este texto es ya castellano supone simplificar y obviar una realidad hablada anterior que llevaba existiendo varios siglos. Es también confundir varias cosas, y es atribuir una entidad geográfica a algo que en el siglo XI aún no la tenía, pues lo normal es que los textos romances incluyan o presenten rasgos de otros romances (y, en el caso de las glosas emilianenses, también del vasco).

Esta manera de datar los romances es muy discutible y, además, no se tiene tampoco en cuenta que la constitución de los romances escritos fue también un proceso cultural lento, gradual, complejo, y esencialmente colectivo. Como señala Penny (2004), en el nivel de la comunicación oral, no hay una ruptura en la continuidad (excepto las pequeñas modificaciones en cada generación) que nos lleve del momento romance presente a lo que llamaríamos latín hace dos mil años. Lo que tenemos es un *continuum* temporal, por el cual, generación tras generación, un sistema lingüístico (entendido como un estado de variación determinado) ha ido modificándose lenta e imperceptiblemente sin que en ningún momento ninguna de esas generaciones fuese consciente de hablar algo distinto a la anterior. Mientras la lengua escrita permanecía más o menos fijada, el desarrollo de las variedades del latín en variedades románicas fue un proceso paulatino y progresivo, de manera que no podemos fijar un momento concreto en que el latín ha dejado de serlo para ser otra cosa. Como mucho podemos ver que los textos fechados en una determinada época y región presentan una serie de “errores” o un conjunto variable de nombres romanceados. Gracias a ellos podemos inferir unas características léxico-semánticas, fonéticas y, especialmente, morfosintácticas tan acusadas como para afirmar que el

emisor (y el receptor) de ese texto hablaba ya una variedad tipológicamente más afín a lo que denominamos romance que al latín, pero no podemos decir cuándo nació esa lengua románica, porque no se trata de un nacimiento, sino de una transformación paulatina.

### 2.1.3. *La gradualidad de la emergencia escrita romance*

La emergencia de la escritura, por su parte, y la creación y consolidación de los diferentes *scripta*, tampoco tiene un momento preciso, sino que el paso del romance a la escritura se produjo, en palabras de Ana Cano (2007: 90), como un “deslizamiento progresivo” y gradual desde el latín, del que son testimonio los primeros textos.

A diferencia de la diversificación temporal y geográfica del latín que sería un proceso más o menos natural, el de la constitución de las diferentes *scriptae* románicas es algo artificial, consciente y especialmente colectivo. Ya Selig (2001: 236) señaló, refiriéndose en general a las lenguas románicas, que su fijación por escrito no es una consecuencia “natural” de su desmembramiento lingüístico. La fijación por escrito es un proceso sociocultural, un proceso dependiente de los agentes históricos de utilizar los idiomas romances como medio de comunicación escrita una primera vez, y de seguir utilizándolos a partir de ahí. La conciencia de este desmembramiento, esto es de los romances como entidades diferentes a otras, se dará en la Baja Edad Media, probablemente a partir de finales del siglo XIII, con la escritura romance ya definida y creando o arrebatando al latín sus propias tradiciones discursivas. También es posible que esta misma escritura perfilara mejor esta conciencia individual de cada romance.

La mayoría de los estudiosos está de acuerdo en que el ascenso a la escritura del romance fue una evolución compleja, marcada por altibajos, con un ritmo a veces lento y otras rápido, con cambios bruscos, retrocesos, cesuras, y con centros en que conviven diversos estadios de evolución (cfr. Monteagudo, 2007: 296). Concebida así la gestación de la escritura, se explicaría fácilmente la existencia de primitivos documentos híbridos latino-romances, cuya adscripción a uno u otro sistema lingüístico es problemática. Esta continuidad en la que no es posible señalar límites se aprecia también desde el punto de vista grafémico. Así lo observa Cabrera (1998: 12-16) según el cual, afrontar un estudio grafemático de los textos de la etapa de orígenes supone siempre considerar la idea de un *continuum* gráfico, correlato del *continuum* lingüístico; es decir que no se produjo una ruptura entre latín y romance en ningún plano de la lengua, de manera que no se encubría una pronunciación romance bajo la apariencia latina de los textos.

## 3. ESCRITURA, INTERCOMPRESIÓN Y CONCIENCIA LINGÜÍSTICA

Como acabamos de ver, la emergencia de la escritura en romance sirve como primeros testimonios de los romances, pero no se puede usar para establecer los límites, ni orales, ni escritos de esos romances con respecto al latín (ni con respecto a otros romances). Dicho de otro modo, como la creación misma de una *scripta* romance sólo nos proporciona el *terminus ante quem* del surgimiento (escrito) de los romances, una parte de la investigación se ha dedicado a buscar o intentar establecer un *terminus post quem*. Para ello, tradicionalmente se ha utilizado los criterios de la intercomprensión y de la conciencia lingüística.

De lado de la intercomprensión, se toma la fecha del 803, en que se celebra el Concilio de Tours, para señalar oficialmente el “nacimiento” de los romances. En este concilio tendríamos una supuesta acta fundacional romance, o de algo que ya no es latín, en el fragmento en el que (en latín) se recomienda predicar «[...] in rusticam romanam linguam, aut Theosticam, quo facilius cuncti possint intelligere quae dicuntur». Este fragmento supone la supuesta constatación de que el latín ya no se entiende y por la tanto podríamos concluir sin error a equivocarnos que lo que se habla es romance (*rusticam romanam linguam*). Ahora bien, en realidad lo único que se constata es que ya no hay comprensión de un determinado tipo temporal y estilístico de latín, el llamado latín clásico, básicamente escrito. Quizás lo que no se entiende sería precisamente el conocido como latín aureo de los primeros siglos y de los grandes escritores romanos, depurado o recuperado hacia poco gracias al conocido Renacimiento carolingio y su reforma de la latinidad cultural y lingüística liderada por Alcuino (cfr. Wright, 1989). Seguramente se entendería mejor el latín más oral (o “vulgar”) de los padres de la iglesia y sería mucho mejor todavía a estos efectos el latín del siglo V o el bajo latín.

Más bien parece que esta recomendación de usar la *rusticam romanam linguam* (es decir, sin conciencia, al parecer, de ser todavía una lengua distinta, sino, más bien, una variante diastrática y diafásica del latín) indica que existía ya una conciencia de diferenciación (socio)lingüística, entre el latín de la escritura y el (pre)romance hablado. Esta conciencia estaría motivada en esta depuración o recuperación carolingia del latín escrito, por cuanto evidenció todo lo que la lengua hablada se había alejado de la lengua escrita. También implicaba que, en todo caso, era necesario hacer más comprensible, a través de la predicación y la lectura pública para el pueblo, el latín culto. De todos modos, los hablantes debieron de percibir, más que diferencias dialectales entre los romances, la distinción clara entre lo que hablaban (romance en singular) y latín (cfr. Bustos Tovar, 2004: 282).

Hay que tener en cuenta que la escritura nace en el seno de una minoría formada con mayor o menor profundidad en latín: la minoría de aquellos pocos que sabían leer y escribir. Todos, independientemente de cuál fuese su lengua oral, compartían la misma lengua escrita, con algunas diferencias diatópicas como mucho. Su lengua oral tampoco sería muy diferente, al menos no tanto como para impedir un conocimiento diasistemático, que debió de existir, aunque seguramente de manera algo difusa, en la Edad Media.

Hay que recurrir, pues, a la conciencia lingüística de los propios hablantes (algo siempre muy resbaladizo y difícil de precisar, especialmente en la época medieval), que, asimismo, consiste en un fenómeno igualmente paulatino, muy complejo y doble: 1) conciencia en una primera fase de que el latín escrito y la lengua hablada son ya dos realidades distintas y 2) conciencia, en una fase posterior más o menos prolongada, de que las diferentes variedades regionales habladas son también entidades o lenguas distintas. Ninguna de las dos se dio en un determinado momento concreto del pasado. Fue, al contrario, un proceso que debió de comenzar, según zonas y regiones, probablemente entre los siglos VII y VIII y concluyó en la Baja Edad Media, hacia principios del siglo XIV (pero esto no es más que una suposición por aproximación, ya que tan sólo contamos con testimonios indirectos).

#### 4. VESTIGIOS ESCRITOS DEL PASADO

Hay veces que se interpretan y entienden los datos que nos vienen del pasado de manera descontextualizada, primero, y recontextualizada, después, aunque es una práctica comprensible hasta cierto punto. La escritura, por su misma materialidad, se ha convertido en una especie de objeto al que se le confiere un valor especial que tiene algo de atávico. Cuando se da a conocer un fragmento primitivo de un romance en una glosa u oculto en un texto, ese mismo texto se convierte en un objeto que sirve para forjar una cierta conexión simbólica con el pasado (a la que no se sustrae el investigador) y proyectar en él concepciones modernas que muy difícilmente tuvieron cabida en ese mismo pasado con el que gracias a ellos nos sentimos unidos. Irónicamente, el mismo impulso que se encarnó en la obsesión medieval por las reliquias subsiste a veces en la actualidad en lo que se refiere a esos fragmentos desperdigados en los que podemos entrever lo que son ya los primeros testimonios de los romances.

El problema básico ante el que se encuentra cualquier historiador de una lengua romance es que para poder describir el largo y complejo proceso de diversificación del

latín en distintas hablas románica tan sólo contamos con unos cuantos vestigios escritos algo tardíos que dan cuenta del cambio: los primeros testimonios romances, que al principio son meros nombres, algunas palabras, frases o grafías que delatan que quien escribe no habla latín, o al menos latín clásico. Pero no hay nada más aparte de esos testimonios escasos, débiles y reflejo vago de una realidad lingüística mucho más compleja. No debe extrañar, pues, el carácter de reliquias lingüísticas que asumen las primitivas glosas al conferírseles un valor especial, que no se justifica científicamente, pero que puede ser inmenso como símbolo.

Por lo general, y producto de lo anterior, es frecuente que los investigadores creen ver o proyecten inadvertidamente hacia el pasado muchas de las concepciones modernas que sustentan su propia conciencia lingüística. Esto les sirve de base para enjuiciar circunstancias de naturaleza muy distinta a las de sus consideraciones, por lo que quedan desvirtuadas y, en cierta manera, forzadas. Es normal si tenemos en cuenta que las lenguas poseen actualmente un valor simbólico identitario (del que carecían totalmente en la Edad Media, o, si existía, era de naturaleza muy diferente a la actual) del que es muy difícil sustraerse a la hora de valorar de manera objetiva los hechos que nos ofrece el pasado. Bastará con dar un ejemplo reciente, entre otros que se podrían sacar a colación: Francisco Moreno (2005: 100-103) señala cómo muchos testimonios medievales y primeros textos en romance que suelen aparecer en códices y otras composiciones en latín ocupando lugares marginales, folios sobrantes etc. y que tuvieron en el momento de su producción bien un fin comunicativo muy modesto (como la *Nodicia de kesos*, que un monje leonés realizó en romance a modo de mera lista), bien un deseo de creación literaria destinada a repetirse de memoria (las jarchas), bien, finalmente, un objetivo meramente práctico para dar a conocer unas leyes o unas ideas, con el paso del tiempo han ido adquiriendo un valor añadido de gran relevancia como hitos singulares en la historia de una lengua, mucho más allá de lo que sus meros productores hubieran sospechado. Dicho de otro modo, lo que en su origen fue algo cotidiano y modesto en la actualidad se puede utilizar para simbolizar el inicio de una tradición cultural y lingüística, cuando no de toda una civilización.

Por otro lado, textos en romance como las glosas emilianenses de finales del siglo X o principios del XI son muy pocos y no nos ha llegado ningún escrito de épocas anteriores. Pero esto no se debe a que no existieran, sino simplemente a que no se han conservado, y hay muchos indicios que apuntan a que debieron de existir (cfr. Morala, 2008). Lo que ocurre es que la escasez de textos románicos se debe a que se hacían para ser efímeros,

circunstanciales, intrascendentes (nos han llegado los pocos que sobreviven gracias a que aparecen junto a textos que sí se hacían para perdurar). Son, pues, pocos los testimonios que se han conservado, pero revelan en todo caso una tradición previa mucho más amplia.

Desde este punto de vista podemos decir que a medida que el romance fue alcanzado la escritura, consolidándose en ella y desplazando al latín, alcanzó también el nivel de lo que merece ser conservado y en ese momento los textos comienzan a multiplicarse, no porque haya un aumento de actividad y textos escritos en romance, que también, sino porque se tratan en romance temas considerados más trascendentes e importantes.

Asimismo, es difícil sustraerse a la fascinación de encontrar fragmentos en algo que ya no era latín en la Alta Edad Media, por lo que implican de primera constatación del romance en un pasado desconocido y por lo que excitan la imaginación. Así, volviendo a las *Glosas Emilianenses*, la confusión tradicional para el período de orígenes entre historia de la lengua con historia de la literatura ha llevado a autores incluso de la indiscutible talla de Dámaso Alonso (1973) a considerarla como “el primer vagido del español”; otros hablan también de “balbuceos”, y en los noticiarios televisivos de la época de la celebración del milenario se oían cosas como que la famosa glosa constituye nada más y nada menos una frase de 46 palabras seguidas que hace mil años se convirtió sin pretenderlo en el primer clásico de la lengua castellana. Habría que añadir, además, que no sólo se hizo sin pretenderlo, sino también sin la más remota idea por parte de su autor de estar haciendo algo tan trascendental.

Es más, la asociación entre lengua oral y escrita es tan fuerte que, puesto que estos primeros fragmentos y testimonios romances presentan a menudo vacilaciones, sintaxis simple, inseguridad y torpeza expresiva, se transfieren a la lengua hablada estas características de la primera lengua escrita, tan poco deseables en un romance que se desea glorioso. De este modo, se habla ya no sólo metafóricamente de balbuceos y vagidos, sino también de que la “lengua antigua”, era “incipiente”, “primitiva, sin hacer” y que en sus estadios más arcaicos era torpe, vacilante, o llena de inseguridades. La lengua oral antigua no era ni más simple ni menos compleja que la actual o la de cualquier otra época, como denuncia, con toda la razón, Alarcos Llorach (1982: 26-27).

Por otro lado, las glosas y los primeros fragmentillos en romance son ciertamente e textos tan poco garbosos que no escapan a los prejuicios, por lo que no es de extrañar que en algunos casos, como, por ejemplo, por decir uno, el ámbito del catalán, se tomasen como primeros testimonios de este romance los textos considerados “literarios” en prosa, o al menos con más prestancia, como las *Homilies d’Organyà* de principios del siglo XIII,

considerado como primer “monumento” o texto fundacional, obviando la rica tradición anterior de textos feudales y otros fragmentos de casi tres siglos por el hecho de no tener valor literario (cfr. Moran, 2004: 432).

##### 5. LA ESCRITURA COMO EMPRESA COLECTIVA PANROMÁNICA

La emergencia escrita de las lenguas románicas es un proceso que se dio progresivamente y de manera concomitante en casi toda la Romania (a excepción de Rumanía), al menos hasta finales del siglo XIII. En el extremo occidental de la Romania y a través de varios centros culturales de difusión diseminados a través del *continuum* espacial románico, culminarían, en gallego-portugués, los procesos finales de la expansión europea de una novedad cultural y colectiva que comenzó mucho antes, en occitano, en la región de la Provenza en el sur de Francia. Fue una obra progresiva, acumulativa y esencialmente colectiva, no propia de un determinado centro o región. A partir del siglo XIII observamos ya un cambio cualitativo por el cual cada romance va tomando conciencia de sí mismo, de manera que el proceso colectivo panrománico se fue individualizando progresivamente en los distintos espacios romances en la medida que cada uno de ellos fue elaborando su propio modelo normativo, contra el que se definiría posteriormente su espacio de variación propio. Fue, pues, una empresa románica al principio, hasta su constitución y consolidación, mientras que las normalizaciones y codificaciones posteriores se pueden considerar ya individuales.

Desde el punto de vista social, el surgimiento de la escritura fue obra que apareció en la periferia de la minoría que sabía leer y escribir; por su parte, también los primeros textos aparecieron en lugares marginales. En consecuencia, debemos estudiar este proceso como un fenómeno amplio, con inicios periféricos en la cultura altomedieval, que afectó a casi todos los romances en su conjunto: en todos lados, de manera totalmente independiente al romance de que se tratase, se dieron procesos muy similares, la misma manera paulatina de acceder a la escritura e idénticos tipos de textos híbridos. Tan sólo cambiaban las marcas diatópicas que denunciaban las distintas variedades regionales del romance.

Así, muy tímidamente al principio, por todos lados el romance se va manifestando progresivamente en los documentos escritos en latín, especialmente los notariales. Se ha supuesto que esto se debía bien por ignorancia o descuido, bien por un deseo creciente de facilitar la comprensión del texto, bien por ambas razones. Primero se dio en la onomástica, más tarde, las partes centrales del texto y, finalmente, los mismos protocolos

iniciales de los documentos serán paulatinamente sustituidos por el romance. También en estos mismos textos hallamos expresiones del tipo *vulgus dicit, qui dicitur*, etc., para introducir voces que explican términos o expresiones latinas, que ponen claramente de manifiesto cierta conciencia lingüística de diferenciación entre latín y romance (Ana Cano, 2007: 97-98) a manera de dos registros distintos (cfr. Álvarez Maurín, 1993: 23-42).

Así pues, podemos considerar el fenómeno como una toma de conciencia colectiva y multirregional: lo que se escribe, el latín, la misma lengua culta para toda la Romania, es distinto de lo que se habla, el romance. Precisamente, se ha achacado a la existencia de esa lengua latina escrita común el acceso mucho más tardío de los romances a la escritura frente a lo que sucedió con las lenguas germánicas. La renovación carolingia del latín en la Galia en el siglo IX y la de Cluny en Hispania en el siglo XI, aceleró este proceso de toma de autoconciencia del romance, que comenzó así su camino hacia la escritura.

Si consideramos el surgimiento de la escritura como una empresa colectiva (al igual que la mayoría de las empresas culturales y espirituales de la sociedad europea medieval), ello nos permitiría entender y explicar algo importante que se observa en este período alto medieval y es que cuando se trataba de escribir el oral se escribía el romance frente al latín, no se escribía un romance frente a otro (Brea, 2007: 122). Esto lleva aparejada también la cuestión muy compleja de cómo se dio la adscripción de cada romance a una determinada comunidad territorial o política, según se identificasen sus rasgos como más o menos cercanos o coincidentes con los de los centros de poder. En este sentido, el acceso paulatino de los romances a la escritura será decisivo, y en el caso del fomento y creación de las diferentes *scriptae*, puesto que se inscribe plenamente y alcanza su desarrollo en las cancillerías regias de cada reino, podemos establecer ya una primera base desde la que proyectar la futura unión entre entidad política y conciencia lingüística; esto es, lo que tuvo un origen colectivo, al igual que otras manifestaciones culturales, en la cristiandad europea occidental (entendida no en un sentido religioso, sino espiritual y cultural) se transformó paulatinamente en un proyecto de carácter político, diferenciador e individualizador. Pero esto ya queda fuera del tema que nos ocupa.

#### **REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS**

ALARCOS LLORACH, Emilio (1982): *El español, lengua milenaria (y otros escritos castellanos)*, Valladolid, Ambito.

- ALONSO, Dámaso (1973): “El primer vagido de nuestra lengua”, en *Obras completas*, 2, Madrid, Gredos, pp. 11-14.
- ÁLVAREZ MAURÍN, M.<sup>a</sup> Pilar (1993): “El registro lingüístico especial de los documentos notariales medievales”, *Estudios Humanísticos*, Filología, 15, pp. 23-42.
- BADIA I MARGARIT, Antoni (2000): “‘Romania’, ‘Romanitas’, ‘Romanística’”, *Estudis Romànics*, XII, pp. 7-22.
- BREA, Mercedes (2007): “Las lenguas románicas en la Edad Media”, en José Enrique Gargallo Gil y María Reina Bastardas (coords.): *Manual de lingüística románica*. Barcelona, Ariel, pp. 121-146.
- BUSTOS TOVAR, José Jesús de (2004): “La escisión latín-romance. El nacimiento de las lenguas romances: el castellano”, en Rafael Cano Aguilar (coord.): *Historia de la lengua española*, Barcelona, Ariel, pp. 259-290.
- CABRERA, Carlos (1998): “Reflexiones sobre el sistema gráfico apulgarado de los textos primitivos leoneses”, en José Manuel Blecua et alii (eds.): *Estudios de grafemática en el dominio hispánico*, Salamanca/Bogotá, Universidad de Salamanca/Instituto Caro y Cuervo, pp. 9-23.
- CANO AGUILAR, Rafael (2013): “De nuevo sobre los nombres medievales de la lengua de Castilla”, *E-Spania*, 15, [en línea] (consulta 20.10.2013).
- CANO, Ana (2007): “Del latín vulgar a los primeros romances. Aparición del romance en la escritura”, en José Enrique Gargallo Gil y María Reina Bastardas (coords.): *Manual de lingüística románica*, Barcelona: Ariel, pp. 81-121.
- GARCÍA DE DIEGO, Vicente (1950): “El castellano como complejo dialectal y sus dialectos internos”, *Revista de Filología Española*, XXXIV, pp. 107-124.
- GONZÁLEZ OLLÉ, Fernando (2008): “Aportaciones a los orígenes de la lengua española”, en Beatriz Diez Calleja (ed.): *El primitivo romance hispánico*, Salamanca, Instituto castellano leonés de la lengua, pp. 13-72.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón ([1926]1986): *Orígenes del español. Estado lingüístico de la Península Ibérica hasta el s. XI*, Obras completas, VIII, Madrid, Espasa-Calpe.
- MONTEAGUDO, Henrique (2007): “A emerxencia do galego-portugués na escrita instrumental”, en Ana Isabel Boullón Agrelo (ed.), *Na nosa lingoage galega, a emerxencia do galego como lingua escrita na Idade Media*, Santiago de Compostela, Consello da Cultura Galega-Instituto da Lingua Galega, 275-312.
- \_\_\_\_\_ (2009): “A elaboración do galego escrito no período primitivo”, *Estudos de Lingüística Galega*, 1, 85-111.

- MORALA RODRÍGUEZ, José Ramón (1998): “Norma gráfica y variedades orales en el leonés medieval”, en José Manuel Blecua et alii (eds.): *Estudios de grafémica en el dominio hispánico*, Salamanca/Bogotá, Universidad de Salamanca/Instituto Caro y Cuervo, pp. 169-187.
- \_\_\_\_\_ (2008): “Sobre la Nodicia de kesos, de hacia el 980”, en Concepción Company Company y José G. Moreno de Alba (eds.): *Actas del VII Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, II, Madrid, Arco Libros, pp. 2019-2032.
- MORAN, Josep (2004): “El proceso de creación del catalán escrito”, *Aemilianse. Revista internacional sobre la génesis y los orígenes históricos de las lenguas romances*, I, 431-440.
- MORENO FERNÁNDEZ, Francisco (2005): *Historia social de las lenguas de España*, Barcelona, Ariel.
- PENNY, Ralph (2004): *Variación y cambio en español*, Madrid, Gredos.
- SÁNCHEZ MÉNDEZ, Juan Pedro (ed.) (2012): *Oralidad y escritura en la Edad Media hispánica*, Valencia, Tirant lo Blanch.
- SELIG, Maria (2001): “El problema de la tipología de los textos románicos primitivos”, en Daniel Jacob y Johannes Kabatek (eds.): *Lengua medieval y tradiciones discursivas en la Península Ibérica. Descripción gramatical – pragmática histórica – metodología*, Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Verveurt, pp. 233-248.
- WRIGHT, Roger (1989): *Latín tardío y romance temprano en España y la Francia carolingia*, Madrid, Gredos.